

# CUENTOS DE LA GENERACION DEL 80

Wellington Rojas Valdebenito

En 1986 aparecía un libro antológico que en sus páginas mostraba el trabajo medular de cerca de una veintena de jóvenes narradores que hasta ese entonces eran quienes —de un modo u otro— se habían ganado un sitio en el panorama cuentístico nacional. Se trataba de escritores marcados por cruentas vivencias. Ellos mismos definían su génesis: “Nuestro habitat ha sido la violencia. Eramos adolescentes hacia los días finales de aquel estremecedor año 1973. Hasta agosto de ese año pensábamos que nuestro futuro iba a ser otro muy distinto al que nos ha correspondido vivir (o sobrevivir)”. Seis años más tarde los antologuistas Diego Muñoz Valenzuela y Ramón Díaz Eterovic, ambos actuales timoneles de la Sociedad de Escritores de Chile, SECH, amén de cuentistas de oficio, después de estudiar, analizar y observar lo acontecido con el género cuento, vuelven a emprender una tarea similar. Esta vez se trata de “Andar con Cuentos” (Mosquito Editores, 1992).

Esta nueva selección cuenta con 36 narradores. Cada uno aparece con un relato, el que creemos, no necesariamente es su mejor creación, ya que al observar la cantidad de narraciones que hasta ahora conocemos de los aquí incluidos, pensamos que esta vez se ha preferido dar paso a una visión más global de estos escritores, los que constituyen la llamada “Generación del 80”. Los 17 nombres de la selección anterior titulada “Contando el Cuento”, nuevamente son antologados, hecho que confirma su consolidación como primeras figuras de su generación.

Los personajes de estos relatos, así como su mundo circundante están plenamente impregnados de sucesos por todos conocidos, aunque todavía no reconocidos por quienes los engendraron. Así lo que parecieran ser situaciones repetitivas, no son sino sólo ráfagas de un aciago existir demasiado largo. Las pruebas están a la vista, como en “Requiem Para un Perseguidor-R” de Hernán Rivera Letelier: “Allí, haciéndome sentir más miserable que un insecto, me arrinconaba a golpes

contra el impávido color blanco de los azulejos, extraída parsimoniosamente el cruel cigarrillo, lo encendía como quien hace percutir un revólver y, expulsando el humo en forma amenazante, me apuntaba en la sien: “Canta, hijo de puta” me decía. “Canta o te desparramo los sesos”. Y a veces, claro, como no, terminaba por inspirarme y cantaba. Seguro que cantaba. Yera un todo gusto como lo hacía”.

En el relato “Ultima Cena”, Jaime Collyer nos invita a un peculiar banquete perpetrado por los Maquenda, una tribu que a pesar de las enseñanzas de un grupo de misioneros, prefieren sus propias recetas culinarias, las que incluye el manduque de los propios misioneros. “Estás Cayendo” de Diego Muñoz Valenzuela es la historia de un joven, que como miles, dio su vida en pos de días —supuestamente mejores—. “Ojos Azules” de José Paredes cuenta con un inesperado desenlace y está a la altura de “Tople’s”, uno de sus mejores cuentos. La eterna herida de los que aún no aparecen es el tema de “El Hijo de Marcial” de Antonio Ostermoj. En “Asedio” de Eugenio Mimica vemos en acción a quienes hacen de la muerte una profesión. La marginalidad y el sexo con violencia están presentes en “La Papa del Alma” de Jorge Marchant Lazcano. El amor entre dos féminas es el tema de “La Elegida” de Lilian Elphick. “Ese Viejo Cuento de Amor” de Ramón Díaz Eterovic, narra los inicios eróticos de un estudiante en la sureña Punta Arenas”. La diáspora y el retorno clandestino, más a muerte en “conocidos enfrentamientos” es la atmósfera circundante en “Mi Hermano Cruza la Plaza” de Luis Alberto Tamayo. Los restantes antologados son Mario Banic, Víctor Bórquez, Yair Carvajal; Marco Antonio de la Parra; César Díaz; Martín Faunes, Juan Gallardo, Sonia González; Cristián Guadiana, C’audio Jaque, Pedro Jara; Carolina Rivas; Pedro Lemebel y Silvana Riqueros.

Aunque muchos se figuran en las ausencias más que en las presencias, los antologadores logran dar al lector un amplio panorama de la, aunque emergente, ya mística generación de los 80.